

EL PARTIDO COMUNISTA EN EL SISTEMA POLÍTICO MUNICIPAL DE ROSARIO A FINALES DE 1920. PRÁCTICAS Y DISCURSOS EN UN CONTEXTO DE CONFLICTIVIDAD SOCIAL

The communist party in the local political system
of Rosario in late 1920. Practices and discourses
in a context of social conflict

Óscar Videla
Universidad Nacional de Rosario – CONICET,
Argentina

Paulo Menotti
Universidad Nacional de Rosario –
Universidad de Buenos Aires, Argentina

Resumen: Este artículo analiza la representación comunista en el legislativo municipal de la ciudad de Rosario (Argentina) a finales de 1920 con el objetivo de desentrañar la manera en que tanto el partido como el sistema político local procesa los desafíos de la representación parlamentaria de la izquierda. Se recurre a fuentes diversas (prensa comercial y partidaria, memorias de militantes, diarios de sesiones), para tratar de establecer una serie de tópicos desde donde nos parece posible demostrar cómo los actores políticos construyen sus identidades en un juego cruzado en el cual se entraman discursos y prácticas.

Palabras clave: comunismo, política municipal, prácticas políticas, Rosario, Argentina.

Abstract: This article analyzes communist representation in the municipal legislative body of the city of Rosario (Argentina) in the late 1920s. The objective is to show how the party, as well as the local political system, processed the challenges presented by the parliamentary involvement of the left. To this end, a range of sources are used – commercial and party press, activists' memoirs, session journals – to establish a series of topics from which we are confident we can demonstrate how political actors construct their identities in a power struggle where discourse and practice intertwine.

Keywords: communism, municipal policy, political practices, Rosario, Argentina.

1. Introducción

Los años que preludian a la primera interrupción del régimen democrático moderno con el golpe cívico-militar de 1930 fueron particularmente intensos para la ciudad de Rosario, tanto en el ámbito social como en el político. En la coyuntura, la principal ciudad de la provincia de Santa Fe, segunda ciudad en población de la República con sus poco más de 400.000 habitantes, todavía podría pasar sin mayores problemas como paradigma de las novedades que a la Argentina habían traído la consolidación de un modelo de desarrollo agroexportador y una consecuente modernización de su sistema político; procesos encarnados localmente por los miles de barcos henchidos de cereal que se despachaban por su nuevo y ya obsoleto puerto, la furia modernizadora de sus intendentes, el enriquecimiento de sus burgueses (que empezaban a disfrutar eso de la *distinción*), la presencia multitudinaria de nuevos habitantes (extranjeros muchos, pero también argentinos nativos de todas las provincias), debido a la continua expansión y dinamismo de un sistema político que al ampliarse magnifica su complejidad. De allí que tampoco podría considerarse extraño que la ciudad haya estado caracterizada por una encendida conflictividad social, dominada todavía por el espectro del maximalismo encarnado por unas muy activas corrientes de izquierdas dentro y fuera del movimiento obrero, animado este por las paupérrimas condiciones de vida de sus trabajadores.

Por otra parte, a finales de 1920, el régimen electoral municipal de la ciudad de Rosario sufrió una notable transformación, y se pasó de golpe de un sistema sostenido en la tributación a otro de amplia representación popular. A esta novedad institucional se agregaba que la izquierda local lograba dos bancas en el Concejo Deliberante: una del recientemente creado Partido Socialista Independiente (PSI) y otra del Partido Comunista (PC). El objetivo de este trabajo será enfocarnos particularmente en la representación comunista a los efectos de desentrañar, por una parte, cómo el PC procesó los desafíos de la representación parlamentaria en el sistema político local; y, por otra, cómo este partido recibió la presencia de la izquierda *revolucionaria* en el cuerpo legislativo, todo ello en un contexto social de alta conflictividad tanto obrera como sindical.

Recurriendo a un conjunto de fuentes diversas se tratará de establecer una serie de tópicos: conflictividad obrera, rol del Estado en la administración de servicios, caracterizaciones de los partidos, atribuciones de la representación de sujetos, y desde allí intentamos reconstruir cómo los actores políticos erigieron sus identidades en un juego cruzado donde se entran discursos y prácticas. Entre las fuentes utilizadas se destacan: periódicos político-ideológicos¹ como

1. Este tipo de prensa es muy significativa para la reconstrucción de unos procesos que no aparecen o no le preocupan a la prensa comercial, pero también para ponernos en contacto con un tipo de producción que construía y era al mismo tiempo parte de una cultura (popular, obrera, partidaria) en la que estas publicaciones eran centrales a la difusión de una línea política particular. También eran un instrumento clave para la alfabetización político-social, que va modelando las identidades de sus potenciales lectores (Lobato, 2009). Cabe aclarar que todas las publicaciones utilizadas eran editadas en Buenos Aires, pero brindaban espacio a los sucesos rosarinos razón por la cual,

La Internacional, La Protesta y Bandera Proletaria; la prensa comercial (de la ciudad de Santa Fe, el diario *Santa Fe*; de la ciudad de Rosario, los diarios *La Capital, La Acción y Democracia*); los imprescindibles *Diarios de Sesiones del Consejo Deliberante de Rosario (DSCDR)*; además de algunas memorias editas de militantes y recopilaciones de leyes.

2. Un necesario contexto

Mediante una contundente elección, Hipólito Yrigoyen, el ya veterano líder de la Unión Cívica Radical (UCR), volvió a la primera magistratura argentina en 1928, esta vez venciendo a una fórmula también nacida del seno de su propio partido, y con una trama discursiva en la que la interpelación a las masas populares, «el obrerismo radical», fue claramente más significativa que en otras ocasiones. La circunstancia en no pocas ocasiones ha sido presentada, si no como un momento de quiebre, sí como la profundización de una serie de procesos políticos que coadyuvarían a dar fin a la experiencia de ampliación del sistema político que se había iniciado en 1912 con la reforma electoral promovida por el presidente Sáenz Peña (Rouquié, 1983; Rock, 1977; Persello, 2004; Ansaldi, 2000; Horowitz, 2015). Dentro de esos procesos podemos contar: la lábil voluntad de un arco político opositor (conservadores, radicales antipersonalistas, socialistas, nacionalistas, etc.) por seguir sosteniendo un sistema político que no le daba oportunidad de hacerse con los resortes del poder político para los cuales se sentían capacitados; la creciente conflictividad interna de una tradición política (el radicalismo) que parece cumplir con la paradoja de ser funcional tanto a la expansión global de esa tradición (expresada en sus éxitos electorales) como a la fragmentación y el enfrentamiento que en no pocas ocasiones llegará a la ruptura partidaria (aunque morigerada por la estructura federal del mismo que da oportunidad para las alianzas); y la cada vez más significativa presencia de la institución militar en el Estado y en la vida política, no del todo ajena al fenómeno de la creciente impugnación de las matrices políticas y económicas del liberalismo. Por otra parte, los prolegómenos de la crisis de 1929 y sus consecuencias darán nuevo significado a las opciones políticas que toman los actores, y hacen de estos años un particular momento para analizar el comportamiento de los partidos políticos.

Ahora bien, respecto de la situación de las izquierdas² en este marco, las diversas corrientes que las integran (sean o no formaciones partidarias) aún están elaborando el impacto de una serie de procesos (no solo político-ideológicos, aunque mayoritariamente) que dan como resultado una expansión y cierto crecimiento global, pero también muy claramente una fuerte dispersión y conflicti-

al no contar con este tipo de publicaciones editadas en la ciudad de Rosario, son válidas para este trabajo.

2. El uso del plural para caracterizar a la orientación y a las distintas corrientes trata de ser fiel a la diversidad interna de cada una, no solo de aquellas que siempre guardaron una diversidad importante (anarquistas y sindicalistas), sino también de los partidos que precisamente en la coyuntura pasaron por constantes y significativas rupturas.

vidad en el interior de ese arco ideológico. Dentro de esos procesos no pueden dejar de mencionarse los todavía persistentes efectos de la Revolución rusa y de la más reciente eclosión del nacionalismo totalitario en el contexto europeo en unas formaciones políticas en las que continuaba predominando incontra-blemente el internacionalismo. En el cuadro nacional no son menos importantes los desafíos que la ampliación de un régimen político, ya consolidado para esos años, suponía para la praxis política. Dentro de aquellos desafíos, la expansión, extensión y complejidad de los sistemas electorales no es menor, como indican las historias internas del Partido Socialista (PS) y del PC. Finalmente, la relación con la clase obrera y sus organizaciones era el otro gran eje que atravesaba a las izquierdas.

Respecto de la evolución del movimiento obrero, luego de lo que parece una crisis de gran parte del movimiento trabajador, a principios de los años veinte, a mediados y, en especial, a finales de esa década se dio (particularmente durante los conflictos) un clima de reorganización sindical de base (Ceruso, 2015) al que no eran ajenos los anarquistas (de la Federación Obrera Regional Argentina y de otros grupos, como los antorchistas), los sindicalistas, los socialistas ni, menos aún, los comunistas. Con el paso del tiempo la tendencia comenzó a hacerse visible a nivel general cuando empezaron a dar frutos las propuestas de unidad entre buena parte de las centrales obreras que confluirán en la Confederación General del Trabajo (CGT) pocos días después del golpe del 6 de septiembre de 1930.

3. Un nuevo sistema electoral y un partido en medio de un ciclo de conflictividad social persistente

Mientras se realizaba el escrutinio de la elección municipal del 29 de abril de 1928, de la que saldría elegido por primera vez un concejal comunista, en Rosario estallaba un conflicto gremial tras otro, lo que dio como resultado un clima social de gran agitación: desde el 2 de mayo, una huelga de estibadores había alterado el ritmo normal de la ciudad, y precisamente al día siguiente de concluido el escrutinio, el 8 de mayo, la conmoción social llegaba a su cenit con el asesinato de una obrera que participaba de las tareas de agitación. El año 1928 fue un momento crucial en la historia del movimiento obrero, no solo rosarino, sino también argentino. Las huelgas que se iniciaron en los puertos santafesinos tuvieron una gran importancia porque marcaron puntos de inflexión en la dinámica del movimiento obrero y en su relación con los principales actores políticos (Korzeniewicz 1993: 2; Videla y Menotti, 2013: 3; Horowitz, 2015: 230-233).

Ahora bien: ni 1928 fue el inicio exacto del ciclo de la conflictividad obrera ni la ciudad fue el único ámbito espacial donde esta se hizo evidente. En este sentido, debe mencionarse la creciente agitación precedente, iniciada en 1927 por las organizaciones obreras y de izquierda con las manifestaciones de solidaridad referidas a Sacco y Vanzetti, que en la sureña ciudad santafesina y en el territorio provincial en su conjunto tuvieron una destacada efervescencia y que incluyeron también a los miembros más extremistas (y de claro origen obrero) de

la facción de la Unión Cívica Radical santafesina, conducida por el exvicegobernador provincial, diputado y senador nacional Ricardo Caballero.³ Al respecto no debemos olvidar que precisamente esta facción caballerista ha sido caracterizada por los componentes clasistas de su discurso y su propensión a alentar la conflictividad obrera (Karush, 2002: 183). Por otra parte, no podemos dejar de indicar el alto grado de vinculación que existió entre este ciclo de lucha urbana y el estallido de la conflictividad «bracera» (término que identificaba a los trabajadores agrícolas en la región) en el núcleo más fértil de la pampa húmeda que recorrió los meses finales de 1928 y los primeros de 1929, en tanto buena parte de los trabajadores que participaron de una y otra eran posiblemente los mismos que rotaban entre las labores agrícolas y el trabajo urbano (Ascolani, 2009: 32).

El año 1929 no le fue a la zaga, ya en enero una huelga de tranviarios marcó el camino y le seguirían muchos otros paros parciales (muy particularmente de estibadores, tranviarios, molineros, de la electricidad, choferes de ómnibus), procesos de protesta que incluyeron una importante huelga general a finales de agosto. Por su parte, los comunistas convocaron dos huelgas generales internacionales, las llamadas «huelgas revolucionarias», para el día 1 y para el 23 de agosto, que tuvieron un balance pobre en la ciudad, pero que lograron instalar algunas consignas del comunismo, como la lucha de clases y el antiimperialismo.⁴

El año 1930, ya con los efectos de la crisis plenamente asentados, fue más parco en conflictos de gran magnitud, extensión en tiempo y/o articulados con otros, pero no por ello desaparecieron de la escena social rosarina: trabajadores de ómnibus,⁵ telefónicos⁶ y portuarios⁷ protagonizaron importantes acciones en la coyuntura. Al mismo tiempo, lo que sí se produjo fue un alza en las rivalidades entre anarquistas, comunistas y sindicalistas en el puerto, las cuales debilitaron al sindicato.⁸

La agitación social impulsó, en general, a las corrientes de izquierda dentro del movimiento obrero (aunque no solamente a estas) y, en particular, a los gremios, a un extenso proceso de reorganización y expansión sindical; siguiendo una lógica que habían tenido la mayor parte de los sindicatos de Rosario: promover la formación de organizaciones sindicales y unirse en tiempos en que la conflictividad social alcanzaba su clímax, y perder ímpetu cuando la misma menguaba.

No obstante, incluso en los momentos de mayor reflujo durante la década de 1920, las organizaciones sindicales habían alcanzado un número importante de adhesiones. Así, por ejemplo, hacia 1926 los anarquistas aglutinados en la Federación Obrera Local Rosarina (FOLR) contaban con una treintena de sindicatos, mientras que la Unión Obrera Local (UOL), sindicalista con partici-

3. *El Nativo*, Rosario, 5 de septiembre de 1928, pág. 4.

4. *La Internacional*, Buenos Aires, año xi, núm. 3303, 1 de agosto de 1929, pág. 4; año xi, núm. 3305, 10 de agosto de 1929, pág. 2; año xi, núm. 3307, 23 de agosto de 1929, pág. 3.

5. *La Protesta*, Buenos Aires, año xxxiii, núm. 6628, 10 de julio de 1930, pág. 3.

6. *Ibidem*, núm. 6513, 4 de marzo de 1930, pág. 4.

7. *Bandera Proletaria*, Buenos Aires, año ix, núm. 465, 2 de agosto de 1930, pág. 2.

8. *Ibidem*, núm. 466, 9 de agosto de 1930, pág. 2.

pación de comunistas y socialistas, acusaba 14, y los autónomos no llegaban a una decena de sindicatos. La FOLR la integraban ferroviarios, panaderos, carpinteros, hojalateros y gasistas, carreros, mosaistas, pintores, empajadores de damajuanas, choferes, vidrieros, pasteleros y confiteros, talabarteros, gráficos, estibadores, albañiles, mecánicos, fundidores, peones municipales, sastres, licoreros, yerbateros, mozos, difundidores de la prensa, etc.; por otra parte, la UOL tenía a ebanistas, carpinteros, sastres, empleados de comercio, marítimos, obreros de las secciones de Rosario del Ferrocarril Central Argentino, del Ferrocarril Central Córdoba, del Ferrocarril Santa Fe, del Ferrocarril Compañía General, cocineros y pasteleros, pintores, gráficos, mozos y galponistas; finalmente entre los autónomos había panaderos, albañiles, yerbateros, cocheros y pintores.⁹

En relación con el nuevo sistema electoral municipal, luego de un escabroso trámite parlamentario que incluyó un veto parcial del ejecutivo provincial, en septiembre de 1927 fue sancionada por la Legislatura provincial la nueva Ley Orgánica de Municipalidades, más conocida como Ley 2147. De los variados cambios que introdujo en este punto solo nos interesa la reforma del sistema electoral. Como se ha señalado antes, este sufrió una notable transformación, pues pasó abruptamente de uno sostenido en la tributación, y sin discriminación de nacionalidad, a otro de amplia representación popular sostenido en el voto obligatorio y universal, tomando a los efectos el padrón provincial vigente, compuesto por todos los hombres, nativos, mayores de 18 años. El efecto de esta medida fue inmediato: en la última elección con padrón censitario de noviembre de 1927, votaron entre 3.149 y 5.566 votantes, según ganadores o perdedores. Para la primera elección con el nuevo sistema el número se decuplicó y siguió creciendo con el tiempo.

A ello se agregaba que preveía el voto de los extranjeros, aunque con restricciones. Aun así, la nueva ley era más inclusiva que el sistema previo, aunque a diferencia de aquel no obligaba al voto luego de la inscripción al padrón: pueden votar aquellos extranjeros mayores de edad que ejerzan alguna profesión liberal, los contribuyentes (al municipio o la provincia) por sumas mayores a los 50 pesos anuales, pero también los casados con nativas con uno o más hijos argentinos. Esta última condición era una vía de ampliación de la participación de los extranjeros no contribuyentes, pero que, como podemos inferir de las inscripciones, no fue utilizada por los potenciales beneficiarios.

Un aspecto interesante fue la inclusión del voto femenino calificado. La nueva legislación en principio excluía a las mujeres de ser candidatas, y solo podían ser electoras aquellas que fueran mayores de «22 años de edad y posean títulos universitarios que las acrediten para ejercer una profesión liberal; las profesoras normales nacionales de segunda enseñanza y las que paguen impuestos a su nombre en comercios honestos, por una cantidad mayor a cincuenta pesos anuales».¹⁰ La iniciativa fue un rotundo fracaso: las mujeres no se inscribie-

9. *Santa Fe*, Santa Fe, 1 de mayo de 1926, pág. 1.

10. «Ley Orgánica de Municipalidades». En: *Códigos y leyes vigentes en la provincia de Santa Fe*. Rosario: Librería de M. Álvarez, 1928. Art. 57, pág. 428.

ron, pero también hay que decir que los partidos no tuvieron ninguna política concreta para alentar su participación en la provincia de Santa Fe.

El otro aspecto que nos interesa resaltar es que la nueva ley aplicaba proporcionalidad por cociente para la distribución de las bancas, dividiendo el total de votos válidos por la cantidad de cargos en disputa; la circunstancia fue significativa porque a partir de esta reforma las izquierdas lograron representación en el legislativo municipal. En la primera elección bajo el nuevo sistema de abril de 1928 el PSI y el PC obtuvieron sendos concejales, y en las de noviembre de 1929 el PC logró renovar el propio, no así el PSI. Ahora bien, no obstante el hiato que impone el golpe de Estado de 1930, estos partidos retomarían e incrementarán su presencia a partir de 1932, a la que se sumará el Partido Socialista (PS), mostrando la consistencia de un electorado de izquierdas en la ciudad.

Tres son los partidos que incluimos en esta caracterización: el PS, el PC y el recién organizado PSI. El primero contaba con presencia en la ciudad desde finales del siglo XIX, pero había obtenido escasas adhesiones, tanto a nivel electoral como sindical; el PC, escindido de aquel, estaba iniciando un período de crecimiento particularmente sostenido, en buena medida, por su crecimiento gremial (Menotti y Merayo, 2016: 150); el PSI, de muy reciente creación, debutó electoralmente en las municipales de 1928 y según comunistas y radicales arrastró adhesiones tanto entre los socialistas como algunos votos más cercanos al Partido Demócrata Progresista (PDP).¹¹

En la coyuntura previa y contemporánea de aplicación del nuevo sistema electoral rosarino, y de la primera experiencia de participación comunista en el Concejo Deliberante, el PC estaba atravesando la que tal vez fuera una de sus crisis más significativas del período. Normalmente englobada bajo «la cuestión Penelón». El tema tiene una extensa bibliografía; no obstante, los trabajos más interesantes son producto de investigaciones recientes, a las que nos remitimos para un análisis más circunstanciado (Ceruso, 2014; Piemonte, 2015; Camarero, 2011).

Desde, por lo menos, mediados de 1927 y a lo largo de todo el año 1928, el PC estuvo inmerso en una profunda disputa de facciones cuyo resultado final fue la separación de un importante grupo de militantes encabezados por el citado José Penelón, que constituyeron finalmente el Partido Comunista de la República Argentina (PCRA).

El conflicto interno se procesó alrededor de una serie de cuestiones que no necesariamente se articulaban, sino que sumaban a las justificaciones, ya fuera para la expulsión o para la ruptura: había diferencias respecto del rol de los llamados «grupos idiomáticos», porque la facción mayoritaria pretendía mantener la autonomía relativa de los mismos en el interior de las células, mientras que los penelonistas priorizaban un criterio más estrictamente clasista de las células donde la condición nacional no tuviera esa autonomía. Por otra parte había desacuerdos respecto a la política sindical, dado que los penelonistas promovían un pragmático acercamiento a la Confederación Obrera Argentina (COA),

11. *La Internacional*, Buenos Aires, año X, núm. 3238, 12 de mayo de 1928, pág. 4.

conducida por los socialistas, mientras que la facción oficial proponía una también pragmática permanencia en la Unión Sindical Argentina (USA), conducida por los sindicalistas. También existían conflictos respecto a la relación con la Internacional Comunista, o más particularmente con los delegados de esta, que escasamente solapaban una disputa interna por los órganos de poder partidarios que tenía mucho de personal. En este contexto circulaban las acusaciones hacia Penelón por «personalismo», «faccionismo» y «reformismo», en buen número sostenidas en el supuesto predominio de la labor parlamentaria de Penelón como concejal de la ciudad de Buenos Aires.

Por otra parte, casi en paralelo a estas disputas, aunque no necesariamente articulada con ellas, el PC estaba transmutando su estrategia política global hacia la llamada de «clase contra clase», circunstancia que ponía sobre el tapete la línea política y sindical del partido a lo largo de esos años. En julio de 1929, durante el VI Congreso de la Internacional Comunista, que se había iniciado un año antes en Moscú, se adoptó la nueva estrategia política de «clase contra clase», también conocida como «tercer período». Según esta nueva perspectiva, existía un incremento de las contradicciones del capitalismo que avecinaban su desenlace y una coyuntura favorable para la revolución. En ese sentido, se proponía entrenar a las masas pauperizadas, radicalizarlas para una nueva ola revolucionaria y, aunque mantenía la consigna del frente único, se afirmaba que los socialistas eran una traba para desenvolver esa estrategia por lo que se les calificaba de social-fascistas. El viraje político se adoptó en nuestro país en noviembre de 1929 con una presentación ampliada del Comité Central en Buenos Aires, en la que también se considerará fascista y enemigo de la clase trabajadora al equipo de gobierno de Yrigoyen (Wolikow, 2004: 304-310; Camarero, 2007: 124-135).

Todo este conjunto de circunstancias de la historia interna inmediata del partido contribuye a explicar los comportamientos de sus representantes ante el desafío que supuso la obtención de un escaño en el Concejo Deliberante rosarino, fundamentalmente porque la política municipal había sido, y seguirá siendo en años posteriores, un punto clave de la confrontación interna y de su vinculación con otras organizaciones partidarias. Tampoco debe soslayarse la presencia ciertamente importante de varios líderes partidarios de origen y/o larga militancia rosarina en las disputas: Florindo Moretti (el candidato a vicepresidente del PCRA en 1928 que no estaba en Rosario en esa época, pero que vuelve al partido casi inmediatamente y a la ciudad al año siguiente), Francisco Muñoz Diez y Francisco Mónaco.

4. La presencia comunista en el Concejo Deliberante

Como dijimos más arriba, la inserción electoral del PC se expresó a finales de la década a través de un concejal. En abril de 1928, cuando se inauguró el nuevo sistema electoral y se eligieron los 23 miembros del Concejo Deliberante, gracias al nuevo sistema de cociente el PC lograba que el obrero pintor Mario Cascallares ingresase en el Concejo; con menos votos que el PSI, que también lo-

graba un representante, pero bastantes más que el PS, que se quedaba fuera por un voto.

Para dar un brevísimo panorama del desempeño electoral del PC en las elecciones municipales nos enfocaremos en las de abril de 1928, para lo cual vamos a tomar como variables los resultados en relación con el conjunto de los votos y en el marco de la izquierda, es decir, en comparación con el PS y el PSI, y las particularidades según los barrios y secciones. En este sentido indicamos que las cifras y buena parte de las caracterizaciones de las secciones electorales fueron extraídas de la prensa comercial rosarina en la coyuntura, y para estas últimas han sido significativos también los aportes de los trabajos de Diego Roldán sobre la estructuración de los barrios rosarinos (Roldán, 2009, 2012, 2015). También es necesario aclarar que las fuentes nunca coinciden entre sí en el resultado, y en ocasiones ni siquiera lo hacen sus propios datos, normalmente por errores en las sumas.¹²

Ahora bien, el mejor desempeño del PC, aunque numéricamente poco relevante, fue en el barrio Ludueña (un distrito de reciente poblamiento que tenía como característica estar habitado por trabajadores de bajos ingresos), donde obtuvieron 28 votos, pero el porcentaje sobre el total de sufragios alcanzó el 7,65%.

El núcleo del voto al PC, en términos numéricos, fue en las secciones Séptima, Octava, Novena y Décima de la ciudad. En la primera de estas, tanto por su extensión territorial como por el número de habitantes, la diversidad social era amplísima, ya que incluía desde uno de los bulevares elegidos por la burguesía local para instalar sus casas en el este, hasta una multiplicidad de establecimientos fabriles con fuerte población obrera en el sudeste, pasando por el típico barrio de clase media, y/o trabajadores de cuello blanco, el de la Vivienda del Trabajador. En la Octava la diversidad social no era ya tan amplia, porque allí convivían sectores de una pequeña burguesía, expresados en el muy dinámico «centro» comercial barrial de calle Mendoza, pobladores de clase media y trabajadores, y alejándose hacia el oeste, más allá de la avenida Francia (el bulevar más alejado del centro de la ciudad), predominaban las nuevas edificaciones más precarias pertenecientes a la clase trabajadora. En esta sección los comunistas lograron el 4,54% de los votos totales, pero el 42,29% del específico de las izquierdas. Ahora bien, tanto la Novena como la Décima eran consideradas, desde hacía tiempo, barriadas conformadas básicamente por clase obrera y/o popular. La Novena, en las inmediaciones de una de las estaciones ferroviarias más importantes de la ciudad, cercana a algunas terminales portuarias y con cierta presencia industrial, además tenía fama dar espacio a marginales sociales, sobre todo porque incluía numerosos prostíbulos o casas de tolerancia. En tanto, la Décima abarcaba el histórico barrio obrero Refinería y el de Talleres, cuyos nombres hacían referencia a la fábrica de procesamiento de azúcar más importante de Argentina y a los aserraderos y talleres ferroviarios que congregaron a

12. *La Capital*, Rosario, 29 de abril de 1928, pág. 1; *La Capital*, Rosario, 8 de mayo de 1928, pág. 1; *La Capital*, Rosario, 11 de mayo de 1928, pág. 3; *La Acción*, Rosario, 30 de abril de 1928, pág. 1; *La Acción*, Rosario, 8 de mayo de 1928, pág. 1; *Democracia*, Rosario, 7 de mayo de 1928, pág. 1.

miles de trabajadores de ambos sexos, que caracterizaron a esos barrios. Era en esta última sección donde el PC tenía su mejor desempeño, tanto con relación al total de votos (el 5,44%), como respecto al voto específico de la izquierda (el 43,70%).

En las otras secciones, en general, se puede decir que los comunistas obtuvieron buenos porcentajes en barrios de constitución reciente, de la primera y segunda periferia de la ciudad (como barrio Azcuénaga, continuación de la seccional Octava, Mataderos y Sáenz Peña, en el área de Saladillo). Por otra parte, porcentualmente los desempeños más pobres se correspondieron con los residenciales barrios de Fisherton y Alberdi. En cambio, más importante de acuerdo al número total de votos implicados, fue el número de sufragios en las dos primeras seccionales que correspondían al casco céntrico de la ciudad.

En el seno de las izquierdas, en las seccionales Primera y Segunda, el ganador indiscutido fue el PSI que, por ejemplo, se llevó el 61,60% de los votos de las izquierdas en la Primera, y que alcanzó una de sus mejores resultados en el total de votos: 5,27%. Ese desempeño parece corresponder plenamente con el perfil que le daba la prensa comunista a este partido, con el mote de «Asfalto».¹³ El PS tuvo sus mejores desempeños también en las seccionales Octava, Novena y Décima, en barrios populares de la periferia, como Sáenz Peña, Mataderos y Tiro Suizo, pero en las seccionales «céntricas» fue superado por el PSI y el PC.

Además de los comunistas, a lo largo de estos años tienen representación en el Concejo Deliberante: el PSI, solamente entre 1928 y 1929; el Partido Demócrata Progresista (PDP), agrupación liberal que había controlado el Concejo desde 1909 hasta precisamente 1928; y los ahora mayoritarios, pero variopintos y cambiantes radicales. Estos estaban integrados por los unificados, de clara orientación antiyrigoyenista, antes primera minoría, ahora reducidos a una pequeña facción; y las diversas facciones genéricamente autodenominadas yrigoyenistas, normalmente enfrentadas, centralmente entre caballeristas y *reorganizadores*, pero que a su vez guardaban diferencias internas.

En relación con las representaciones sobre los comunistas, la reacción de los otros partidos con participación en el Concejo Deliberante fue en general la de tomarse la presencia comunista con cierta «normalidad» (el entrecomillado viene a remarcar la diferencia con la experiencia ciertamente cercana de los años treinta: así, en 1934, el propio presidente del Concejo había sido quien encargó a la Policía de Rosario una investigación sobre las actividades políticas de los concejales comunistas de ese momento, Sigifredo Pozzebón y Juan Audano, y a consecuencia de esta y otras acciones emprendidas por la justicia respecto a estos ediles, se les retiró la ciudadanía argentina y se les expulsó a la Italia fascista a pesar que tenían fueros) (Mónaco, c. 1979: 44; Suárez, 2000: 67-70; Glück, 2015: 236, 240-241).

Ahora bien, en esta coyuntura, más allá de un inicial intento de la bancada radical unificada de excluir a los comunistas (más por un beneficio concreto

13. *La Internacional*, Buenos Aires, año x, núm. 3238, 12 de mayo de 1928, pág. 4.

—hacerse con un concejal extra— que por argumentos estrictamente ideológicos), no parece que los ediles construyeran una estrategia sistemática contra el PC. La actitud del resto de los concejales hacia los comunistas fue, mayoritariamente, la de aprovechar sus intervenciones para cuestionar su verdadera representatividad obrera y enrostrarles su escaso peso electoral, chicaneándolos cada vez que el concejal comunista traía a colación la situación de los obreros en la URSS o, más comúnmente, haciendo valer el peso numérico para interrumpir o soslayar las intervenciones del concejal comunista.

En un principio la incorporación del concejal comunista fue tomada por el resto de los ediles como la inserción de un objeto extraño, cuasi pintoresco, en el Legislativo municipal. De ahí que en ocasiones el tono altisonante y claramente de denuncia de estos fuera recibido de manera burlona e irónica, en general en temas vinculados a las referencias de estos a la Unión Soviética, por ejemplo, cuando se los interrumpe para preguntar, irónicamente, por la existencia o no de la prostitución o la tuberculosis en la URSS.¹⁴

Por otra parte, la inexperiencia de los comunistas en el trabajo parlamentario, sumada a su evidente desinterés en el protocolo del Concejo, provocaba las risas y los comentarios condescendientes de los demás concejales, circunstancia que fue reconocida con ironía por uno de ellos: en una de sus primeras intervenciones, Cascallares se comparaba con un niño trabajador que apenas pudo aprender algunas palabras en la escuela y debió abandonarla para entrar a trabajar en un taller donde su ingreso era complicado porque los otros se mofan de él.¹⁵

No obstante, también desde el inicio de la experiencia y a lo largo de todo el período, los otros concejales entraban episódicamente en extensos debates, en ocasiones sobre temáticas exclusivamente sociológicas, como la defensa de la inexistencia de la clase obrera en la Argentina y, por tanto, de la irrelevancia de la lucha de clases (y, por ende, de la representación comunista). Un ejemplo sin duda interesante desde el punto de vista de la historia de las ideas sociales se dio en el debate entre Cascallares, el radical unificado Arquímedes Campana, el radical yrigoyenista José María Iglesias, el demoprogresista Luis M. Mattos y el socialista independiente Galaretto.¹⁶ Pero la mayor parte de los debates fueron sobre temáticas estrictamente sindicales, como la «libertad de trabajo», el reconocimiento patronal de los gremios y las condiciones de trabajo.

5. Posicionarse como representación de los obreros

La bancada comunista, en una correlación que parece ajustada a la línea del partido, desde las primeras sesiones del Concejo Deliberante hizo evidente buena parte de los tópicos que caracterizaban ese momento «sectario» e «izquierdis-

14. Municipalidad de Rosario. *Diarios de Sesiones del Concejo Deliberante de Rosario (DSCDR)*, 29 de mayo de 1928, Primer período ordinario, Quinta sesión, pág. 79.

15. *DSCDR*, 18 de mayo de 1928, Primer período ordinario, Tercera sesión, pág. 52.

16. *DSCDR*, 1 de junio de 1928, Primer período ordinario, Primera sesión, págs. 95-96.

ta» del PC (Camarero, 2011: 203). Así, cuando Cascallares tomó posesión el 14 de mayo de 1928 de su banca, marcó su posición y juró: «[...] cumplir mi mandato de concejal sincera y honestamente, defendiendo en toda forma los intereses de la clase trabajadora», aunque la fórmula no era reglamentaria.¹⁷ Meses más tarde, cuando Cascallares falleció, Muñoz Diez siguió con esa lógica. El discurso de clase y la construcción de una retórica de la defensa de la clase obrera fueron la marca que mantuvieron los comunistas en todas sus intervenciones durante sus mandatos, en los que parece que cumplían con solo utilizar al Concejo Deliberante como tribuna para denunciar, una «tribuna de agitación» y de «control»¹⁸ de la política democrática de la que no esperaban demasiado, tal como corresponde a la línea general de los partidos comunistas en esta coyuntura:

[...] creemos, pues, relativamente en la democracia; ante sí tenemos justificados hechos y antecedentes que demuestran hasta qué punto, la legalidad o la democracia [...] no contempla los verdaderos derechos populares.¹⁹

Los temas que eligieron y los tópicos en los que intervinieron los comunistas para expresarse en el recinto del Concejo Deliberante rosarino reflejaban una acotada variedad de elementos, que se centraban en la defensa de los derechos de los trabajadores y la denuncia a la burguesía en general y al Gobierno por su carácter clasista; puntualmente también a la Municipalidad, en su papel de empleador, y en particular a las empresas de servicios públicos, por su doble carácter de explotador directo de obreros y por los pésimos servicios brindados a los trabajadores; y a estos temas se solía añadir la reivindicación del primer estado socialista.

Como dijimos, el posicionarse como representantes de los intereses de los obreros impregnaba todas las intervenciones de los comunistas. En ese espacio, sin embargo, no estuvieron solos; debieron interactuar con otros grupos políticos.²⁰ Con algunos, a quienes eligieron como enemigos particulares, como el PSI, intentaron marcar constantemente sus diferencias; no obstante que en muchos episodios les fue difícil, debido a la común crítica al *obrerismo* radical, por lo que tuvieron que recurrir a una retórica cargada de epítetos aunque desmarcada de la típica diatriba por el carácter fascista atribuido a los socialistas que predominaba en la prensa partidaria. En esta, particularmente luego que se oficializaba la nueva línea, ya en 1929, las diatribas contra los socialistas, más aún que contra los independientes, era una constante; por ejemplo, en plena campa-

17. *DSCDR*, 14 de mayo de 1928, Sesión preparatoria, pág. 18.

18. *Ibidem*, pág. 8.

19. *Ibidem*, pág. 9.

20. *DSCDR*, 18 de septiembre de 1928, Segundo período extraordinario, Quinta sesión, pág. 620. *DSCDR*, 17 de mayo de 1929, Primer período ordinario, Vigésima sesión, pág. 365. *DSCDR*, 15 de octubre de 1929, Segundo período, Décima segunda sesión, pág. 821. *DSCDR*, 26 de noviembre de 1929, Segundo período, Vigésima sesión, pág. 915. *DSCDR*, 13 de marzo de 1930, Primer período, Tercera sesión, pág. 20. *DSCDR*, 15 de marzo de 1930, Primer período, Sesión extraordinaria, pág. 29.

ña de renovación de concejales rosarinos afirmaban: «Los socialistas, lacayos de la burguesía, provocadores de tipo fascista».²¹ Ahora bien no era exactamente así en el debate parlamentario, sin por ello dejar de ser uno de los principales objetos de su crítica. De tal manera no es extraño que ya en la misma sesión preparatoria entraran en controversia con la también unipersonal bancada del socialismo independiente: en principio aprovecharon la oportunidad que les ofrecía Galaretto, que era el miembro informante de la mayoría de comisión de poderes, cuando interpretó restrictivamente la ley a los efectos de la distribución de las bancadas (que en la práctica impidió que ingresasen en el Concejo Deliberante el representante del PS y el del Centro La Propiedad, al tiempo que habilitaba el ingreso de un radical unificado y un demoprogresista más), para cuestionar su espíritu democrático y partidario de la representación de las minorías:

Pero queremos, si, no porque seamos adoradores férvidos de la ley, que se dé la representación amplia y absoluta; y mucho me extraña también que un representante del Partido Socialista Independiente sea el encargado de traer su voto y su informe al seno de este Concejo Deliberante restringiendo la concurrencia y representación de los pequeños partidos políticos.²²

Como veremos más adelante, también muchos radicales, sobre todo los caballeristas, asumieron, no tan oblicuamente, esa representación de los trabajadores de manera que también disputaron con ellos debatiendo sobre el «obrerismo» de sus políticas. El obrerismo era una acusación que recibieron los yrigoyenistas, en particular los caballeristas, por tomar medidas a favor de los obreros precisamente, y era utilizado con un tono descalificativo, como si fuera demagógico, tanto por la derecha política como por la izquierda.²³

La acusación no les era exclusiva, sino que el grueso del arco político, y corporativo, venía haciendo énfasis en el tema, señalando el uso político de los obreros que tal práctica discursiva conllevaba (Karush, 2002: 192). Incluso el radicalismo yrigoyenista, en esa coyuntura, se atribuyó la legítima representación de los trabajadores al grado de generar disputas internas (Videla y Menotti, 2013: 20).

En cuanto a los derechos de los trabajadores, la banca comunista eligió defenderlos, en concreto reclamando sistemáticamente: un salario mínimo de 160 dólares estadounidenses para los obreros en general, y en concreto para los municipales; el efectivo cumplimiento de las ocho horas diarias de trabajo y las 44 semanales; y el reconocimiento patronal y del Estado de los acuerdos suscritos por los gremios. La estabilidad del empleado público también recibió el apoyo de los comunistas en sus diferentes intervenciones, así como el abaratamiento de los servicios públicos.

En especial fue notable la importancia que asignaron a las empresas de servicios públicos (obras públicas, aguas, telefonía, electricidad y, sobre todo, transporte: tranvías y ómnibus). En estos términos, sobresale la preocupación por las empresas de servicios como un eje político para el PC, aquí todavía oscurecido

21. *La Internacional*, Buenos Aires, año xi, núm. 3319, 16 de noviembre de 1929, pág. 7.

22. *DSCDR*, 14 de mayo de 1928, Sesión preparatoria, pág. 9.

23. *DSCDR*, 22 de mayo de 1928, Primer período ordinario, Cuarta sesión, pág. 58.

por la fraseología izquierdista del clase contra clase, pero que estaba destinado a ser un eje de acumulación en la siguiente experiencia en el Concejo Deliberante durante los años treinta; también hay que resaltarlo en el contexto inmediato por el contraste con el supuesto predominio de la táctica sindical comunista orientada hacia las ramas industriales.

La defensa de los trabajadores de las empresas de servicios articulaba diversas cuestiones que importaban particularmente a los comunistas. La primera tenía que ver con la defensa de la clase trabajadora que ellos se arrogaban, pero también con que los trabajadores de la ciudad debían pagar por malos servicios, circunstancia que en ningún momento supuso interpelarlos como consumidores, pero que pudo ser interpretado así por parte de la población. Un segundo tópico que los incitaba a defender a ese grupo de trabajadores se articulaba a partir del discurso antiimperialista,²⁴ favorecido por el hecho de que la mayor parte de las empresas de servicios de esa época en Rosario estaban «gerenciadas» por capitales extranjeros (por ejemplo, los tranvías, gestionados por una empresa belga que formaba parte del grupo SOFINA; y en la misma línea también cuestionaron a la empresa generadora de electricidad). En tercer lugar, debemos considerar que en estas problemáticas, los comunistas lograron implicar, no a todas, pero sí a algunas representaciones políticas, todo ello en una interesante discusión sobre la estatización de los servicios (en este caso municipalización), que había partido de varias y muy importantes huelgas de los trabajadores de las respectivas empresas. Por último, la preferencia por este tipo de temas también se vinculaba más estrictamente con las necesidades de la política sindical del PC que pugnaba por conducir y/o constituir estos sindicatos. En ese sentido, los comunistas lograron incidir entre los trabajadores del sector transporte de Rosario al final de los años veinte (en menor medida en tranviarios y más plenamente en los choferes). Cuando los conductores y guardas de ómnibus fueron a la huelga durante 1928, Muñoz Diez enseguida pidió la intervención del Departamento Ejecutivo, para que presionara a los patrones a reconocer los reclamos obreros y cobrara multas al sector empresario por el incumplimiento del contrato de concesión.²⁵ La participación en el mismo sentido del concejal comunista se repitió en sucesivos conflictos durante 1929²⁶ y 1930²⁷ a favor del Sindicato de Choferes de Ómnibus, al que terminaron dirigiendo los comunistas en 1930. Y tampoco es sorprendente que luego los comunistas terminaran dirigiendo también a los trabajadores de la electricidad de Rosario. Los municipales fueron los otros trabajadores a los que dedicaron particular atención a sus reclamos: tanto Cascallares como Muñoz exigieron sistemáticamente el salario mínimo, las 44 horas de trabajo semanales, mejores condiciones de trabajo y reconocimiento

24. *DSCDR*, 27 de septiembre de 1929, Segundo período, Octava sesión, pág. 733. *DSCDR*, 18 de septiembre de 1928, Segundo período extraordinario, Quinta Sesión, pág. 633.

25. *DSCDR*, 29 de agosto de 1928, Octava sesión extraordinaria, págs. 446, 460-465.

26. *DSCDR*, 17 de mayo de 1929, Primer período ordinario, Vigésima sesión, pág. 365. *DSCDR*, 26 de noviembre de 1929, Segundo período, Vigésima sesión, pág. 915.

27. *DSCDR*, 3 de marzo de 1930, Primer período, Primera sesión, pág. 5. *DSCDR*, 25 de marzo de 1930, Primer período. Sexta sesión, pág. 74.

del sindicato.²⁸ La defensa de estos trabajadores provocó más de un interesante debate ideológico en el recinto, fundamentalmente porque los demás concejales rechazaban de plano reconocer a las entidades gremiales, e incluso algunos cercanos a los trabajadores rechazaron otorgarle reconocimiento al Sindicato de Obreros Municipales y a cualquier otro.²⁹ El edil comunista aprovechó la oportunidad para, de nuevo, acusar a los caballeristas de «obreristas», precisamente porque no actuaban a favor de los derechos plenos de los trabajadores.³⁰

Además de aquellos tópicos indicados más arriba, otros temas contaron con la participación de los comunistas, pero siempre bajo el velo del discurso «clasista», de utilizar al Concejo Deliberante como tribuna de denuncia y en defensa de los trabajadores, según sus palabras. Así, resoluciones ciertamente menores del orden del día, como el otorgamiento de subsidios, la condonación o exoneración de tasas, y los homenajes a personajes históricos fueron aprovechados para denunciar el carácter de clase de la sociedad, la necesidad del cambio revolucionario y la denuncia del obrerismo radical. Por ejemplo, ante la iniciativa de una mayoría de los concejales de proveer 10.000 pesos para rescatar empeños de frazadas, sobretodos y máquinas de coser que gente necesitada había empeñado en el Banco Municipal, Cascallares interviene largamente para denunciar que:

Nosotros sostenemos que a través de estas manifestaciones y estas limosnas, como se ha dicho, no podemos suministrar esa caridad para el trabajador porque nosotros tenemos un concepto amplio al respecto y es el de que al trabajador no hay que darle limosnas sino todo, porque por derecho le pertenece; nosotros tenemos ese concepto, y así como el pueblo hizo la revolución de mayo y transformó la estructura social y política de aquel entonces, es suficientemente capaz el pueblo de proporcionarse lo que ahora se le regala. Cuando llegue al grado de una conciencia superior que le permita convencerse de que él es capaz y apto para dirigir sus propios destinos. [...] Que no se trata de obrerismo, sino de lucha de clases por eso decimos que lo que hoy se propone dar el Concejo es una migaja.³¹

Los ejemplos abundan en este sentido; así, cuando se debatió en el recinto que se pagaran las subvenciones atrasadas a la Liga Argentina contra la Tuberculosis, Cascallares apoyó la moción, pero buscó marcar una diferencia. En este punto, el concejal comunista planteó que la cura de una enfermedad como la tuberculosis no debería esperar de la buena voluntad de un grupo de médicos ni de un subsidio, sino que debería ser una política de Estado, es decir, que la Municipalidad debía encargarse de la sanación de los enfermos y de su precaución. Esa postura sorprendió a más de un concejal y trabó una discusión sobre hasta dónde deben llegar los derechos, y muchos se rieron cuando Cascallares buscó ilustrar la situación recurriendo al caso del Gobierno de la Unión Soviética.

28. *DSCDR*, 4 de septiembre de 1928, Segundo período ordinario, Primera sesión, pág. 530. *DSCDR*, 14 de septiembre de 1928, Segundo período ordinario, Cuarta sesión, págs. 579-585. *DSCDR*, 17 de mayo de 1929, Primer período ordinario, Vigésima sesión, págs. 367 y 372.

29. *DSCDR*, 18 de septiembre de 1928, Segundo período extraordinario, Quinta sesión, pág. 620.

30. *DSCDR*, 14 de septiembre de 1928, Segundo período ordinario, Cuarta sesión, pág. 580.

31. *DSCDR*, 29 de mayo de 1928, Primer período ordinario, Quinta sesión, pág. 91.

ca.³² Pero también son numerosos los ejemplos en otro sentido, el de la denuncia del Concejo Deliberante como defensor de los intereses de la clase dominante; así, cuando se debatió sobre el presupuesto municipal para 1928 y su refinanciación, Muñoz se expresó en contra porque, en su opinión, estaba organizado para beneficiar a la clase alta,³³ y asimismo se expresó cuando una mayoría de concejales pidieron la exoneración de impuestos para el Automóvil Club Argentino y el teatro El Círculo, porque Muñoz consideraba que eran instituciones que beneficiaban a la clase poseedora, mientras que los trabajadores no disfrutaban ni del turismo ni de los palcos del teatro.³⁴

Por otra parte, es necesario indicar que, junto con la línea más sectaria que fue imponiéndose con la estrategia del clase contra clase, la propia dinámica de la labor legislativa los llevó en muchas ocasiones a ceder ante las necesidades de la práctica política concreta que el partido había criticado en el expulsado José Fernando Penelón, de tal manera que cierto pragmatismo se hizo presente en ocasiones explicitado de varias maneras: en la misma sesión de toma de posesión de Muñoz Diez, y luego de una declaración de típico tono clasista en la que acusaban a todos los partidos de ser burgueses y, por tanto, señalaban que no coincidirían en nada con ellos y a renglón seguido el nuevo edil comunista pide que se tratara sobre tablas su solicitud de una pensión para la esposa e hijos de Cascalleres.³⁵ Meses antes, por iniciativa de concejales de todas las bancadas, y también por unanimidad y sobre tablas, se había decidido entregar a Cascalleres 2.000 pesos para su internación.³⁶ Pocos meses después, se apoyó que el Centro Unión Dependientes fuese librado de una carga impositiva con el argumento de que era una mutual que representaba a los trabajadores, y que la misma estaba integrada también por notorios representantes del comercio local, concejales incluidos.³⁷ A estas acciones deben agregarse una cantidad de pequeñas iniciativas: las solicitudes de trabajos puntuales (como los pedidos de instalación de focos de luz en barrios populares como Talleres),³⁸ la provisión de materiales al personal municipal (capas e impermeables) y un aumento de sueldo de 16 pesos a los obreros municipales,³⁹ y la aceptación muy parcial de una reivindicación obrera en relación con los pliegos de licitaciones.

Finalmente cerramos este apartado indagando acerca de cuál fue el impacto en el PC de las actividades de sus representantes en el Concejo Deliberante. Las elecciones municipales rosarinas de abril de 1928 concitaron cierta expectativa en el PC nacional, circunstancia que se evidencia claramente en la prensa partidaria,⁴⁰ al igual que la prensa comercial local, donde tal era la convicción

32. *Ibidem*, pág. 79.

33. *DSCDR*, 31 de agosto de 1928, Novena sesión extraordinaria, pág. 512.

34. *DSCDR*, 15 de marzo de 1929, Primer período ordinario, Quinta sesión, pág. 65.

35. *DSCDR*, 18 de agosto de 1928, Cuarta sesión extraordinaria, págs. 361-362.

36. *DSCDR*, 28 de junio de 1928, Primer período ordinario, Décima tercera sesión, pág. 250.

37. *DSCDR*, 18 de septiembre de 1928, Segundo período extraordinario, Quinta sesión, pág. 604.

38. *Ibidem*, pág. 595.

39. *DSCDR*, 14 de marzo de 1930, Primer período ordinario, Tercera sesión, pág. 25.

40. *La Internacional*, Buenos Aires, año x, núm. 3233, 7 de abril de 1928, pág. 4; año x, núm. 3234, 14 de abril de 1928, pág. 4.

que al día siguiente de la elección apareció publicada una extensa entrevista a Cascallares.⁴¹

Dentro del partido se había dado casi como un hecho la obtención de, por lo menos, un concejal. De allí la constante mención de mítines y actos en variados distritos de la ciudad en el mes previo a la elección; y más adelante, el seguimiento de las primeras intervenciones de Cascallares.⁴² No obstante, seguramente como consecuencia de la «cuestión Penelón», pronto el PC santafesino constituyó una comisión de control parlamentaria, integrada por Francisco Sforza, Alejandro Onofrio, Tomás Di Venosa y el propio Cascallares,⁴³ con el evidente propósito de monitorear la actividad del concejal.

Ahora bien, con el paso del tiempo, el seguimiento de la actividad del Concejo Deliberante se hizo esporádica, en contraste con el control, bastante puntual, de la actividad sindical vinculada al partido, la cual da la medida, creemos, de dónde estaban puestos los intereses primordiales del partido en la coyuntura. En este sentido, la prensa partidaria dio espacio a la actividad de su concejal exclusivamente cuando era factible que esta se articulase con la tarea sindical, en especial durante la huelga de tranviarios de mediados de 1929, en la que parecen darse múltiples condiciones: el PC contaba con alguna militancia en el gremio, como también la tendrá en el de choferes de ómnibus; mientras que el servicio de tranvías, al ser una concesión municipal, hacía de la Intendencia y, sobre todo, del Concejo un espacio privilegiado para el debate. Finalmente sería en esta particular área de problemas donde el concejal comunista lograra algunas victorias, por lo menos discursivas, dentro del recinto al instalar una iniciativa concreta de municipalización del servicio.

La acción política municipal se reactivó en la prensa partidaria en la coyuntura electoral de noviembre de 1929. Ante la renovación de la única banca fue evidente que el partido emprendió una significativa tarea tratando de movilizar y canalizar votos, aunque el eje de sus consignas estaba fuera de lo estrictamente municipal y se centraba por completo en el discurso de confrontación e izquierdista de la nueva línea. Desde el mes anterior a la elección del 10 de noviembre aparecieron en *La Internacional* varios artículos dedicados a las tareas de movilización emprendidas por los comunistas rosarinos. Por ejemplo: «[...] a la acción, al trabajo, a realizar los mayores esfuerzos, camaradas, frente a la importancia de las elecciones del 10 de noviembre».⁴⁴

Allí se destacaba la importancia de las elecciones en tanto se ponía en juego el único concejal, y se indicaba que el partido debía evidenciarse frente al proletariado de la Barcelona Argentina, en contra de la prepotencia del capitalismo indígena y el imperialismo, señalando que la preparación de la campaña había permitido desarrollar una labor más o menos intensa en los barrios de Rosario,

41. *La Acción*, Rosario, 30 de abril de 1928, pág. 3.

42. *La Internacional*, Buenos Aires, año x, núm. 3239, 19 de mayo de 1928, pág. 6; año x, núm. 3241, 2 de junio de 1928, pág. 8; año x, núm. 3242, 9 de junio de 1928, pág. 4; año x, núm. 3243, 16 de junio de 1928, pág. 5.

43. *La Internacional*, Buenos Aires, año x, núm. 3243, 16 de junio de 1928, pág. 5.

44. *La Internacional*, Buenos Aires, año xi, núm. 3316, 26 de octubre de 1929, pág. 6.

con la consigna de «¡Clase contra clase!» y bajo la bandera de la lucha de clases, en favor de un gobierno obrero y campesino. No obstante, pasada la coyuntura electoral, la «cuestión municipal» volvía a perder relevancia.

6. Conclusiones

En el presente trabajo abordamos la participación del PC en el Concejo Deliberante de Rosario a finales de 1920, apuntando a los temas que llevaron al recinto y a la recepción que tuvo por parte del arco político allí representado. Analizamos en qué contexto social se dio la llegada de los comunistas y subrayamos que las reformas electorales y el clima de agitación social les ayudaron a alcanzar un lugar en el Concejo Deliberante. También indagamos en el doble proceso que supuso para el PC la crisis interna a raíz de la expulsión del penelonismo y la adopción de la estrategia de clase contra clase, tratando de sopesar qué aspectos de dichas experiencias incidieron en las prácticas y los discursos de los comunistas en el Concejo.

Ahora bien, recortando el problema de investigación alrededor de cómo fue percibido y, en consonancia, tratado el PC por los otros partidos con representación en el Legislativo municipal, comprobamos que su presencia no fue considerada, estrictamente, como una amenaza para el régimen político local, y que más allá del aislamiento y algún trato mordaz, el conjunto del arco político procesó su presencia en los parámetros de la normalidad institucional.

En este sentido, creemos que fueron varios los elementos que contribuyen a esto, puesto que en principio la presencia comunista no era estrictamente una sorpresa (venían participando de los comicios provinciales y nacionales y la prensa comercial ya había predicho su potencial ingreso en el Concejo, pues el PC sería favorecido por el sistema de cociente). Pero fundamentalmente la misma línea política del PC los hacía inocuos en el entramado político-institucional del Concejo Deliberante. Más allá de la relativa incomodidad que pudiera provocar, no hay una sola presentación conjunta, un pedido de informes, minutas de comunicación, resoluciones, etc., con otras formaciones partidarias, a lo largo de los años que indagamos, de tal manera que en rigor ninguna representación podría contarlos, a favor o en contra, en el momento de las votaciones relevantes.

Por otra parte, dado que el propio PC no usó el recinto, por lo menos sistemáticamente, como espacio de movilización, tampoco representó un inconveniente mayor para el manejo «físico» de las sesiones, como en ocasiones lo eran las barras de los partidos mayoritarios.

Por último, medido en su peso electoral, si bien creciente, este va solo un poco por encima del crecimiento del padrón electoral y no parece suficiente para generar mayor preocupación.

Además, mirado desde el propio partido el acceso al Concejo Deliberante, es ciertamente interesante de analizar. En principio la prensa partidaria ve en la circunstancia una clara oportunidad para el crecimiento del partido en la clase obrera. No obstante, el horizonte de la cercana ruptura con el penelonismo (al

que se había criticado precisamente de reformista, por el predominio de sus actividades en el Concejo porteño), sumado, con el paso de los meses, al conocimiento y la asunción más concreta de la estrategia del lema «clase contra clase», parece servir lo suficiente como para que el partido trate de esquivar un compromiso demasiado explícito con la tarea municipal (aunque, como hemos visto, no deja de tener fisuras) y, sobre todo, para evitar que esta tarea fuera tenida como significativa.

Finalmente creemos que la más significativa de las razones es, precisamente, que la asunción de ese izquierdismo que la estrategia suponía ponía al grueso de las voluntades militantes (la del concejal incluida) en la tarea sindical, con independencia de su creciente sectarismo, minusvalorando la acción parlamentaria; por tanto, debemos suponer que su relativo éxito electoral fue más bien el resultado mediado de la acción sindical, o tal vez, y no es más que una hipótesis, de un trabajo «territorial» invisibilizado bajo la fraseología izquierdista y apenas denotado por el crecimiento electoral en zonas obreras de la ciudad.

Bibliografía

- ANSALDI, Waldo (2000). «La trunca transición del régimen oligárquico al régimen democrático». En: FALCÓN, Ricardo (dir.). *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*. Buenos Aires: Sudamericana, págs. 15-57.
- ASCOLANI, Adrián (2009). *El sindicalismo rural en la Argentina. De la resistencia clasista a la comunidad organizada (1928-1952)*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- CAMARERO, Hernán (2007). *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- CAMARERO, Hernán (2011). «El tercer período de la Comintern en versión criolla. Avatares de una orientación combativa y sectaria del Partido Comunista hacia el movimiento obrero argentino». *A Contracorriente*, vol. 8, núm. 3, págs. 203-232. Disponible en: <https://acontracorriente.chass.ncsu.edu/index.php/acontracorriente/article/view/35/131> (consulta: 7 de junio de 2016).
- CERUSO, Diego (2014). «El comunismo argentino y sus divisiones en los años veinte. Un análisis de la disputa en el movimiento sindical entre el “penelonismo” y el Partido Comunista». *Revista Izquierdas*, núm. 18, págs. 36-56. Disponible en: www.izquierdas.cl/images/pdf/2014/03/3-Ceruso.pdf (consulta: 7 de junio de 2016).
- CERUSO, Diego (2015). *La izquierda en la fábrica. La militancia obrera industrial en el lugar de trabajo, 1916-1943*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- GLÜCK, Mario (2015). *La nación imaginada desde una ciudad. Las ideas políticas de Juan Álvarez, 1898-1954*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- HOROWITZ, Joel (2015). *El radicalismo y el movimiento popular (1916-1930)*. Buenos Aires: Edhasa.
- KARUSH, Matthew B. (2002). *Workers or citizens. Democracy an identity y Rosario, Argentina (1912-1930)*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- KORZENIEWICZ, Roberto (1993). «The Labor Politics of Radicalism: The Santa Fe Crisis of 1928». *Hispanic American Historical Review*, vol. 73, núm. 1, Durham, págs. 1-32
- LOBATO, Mirta (2009). *La prensa obrera. Buenos Aires y Montevideo, 1890-1958*. Buenos Aires: Edhasa.

- LOZZA, Arturo (1985). *Tiempo de huelgas. Los apasionantes relatos del campesino y ferroviario Florindo Moretti sobre aquellas épocas de fundaciones, luchas y serenatas*. Buenos Aires: Anteo.
- MENOTTI, Paulo y MERAYO, Sebastián (2016). «Estrategias de sindicalización de los comunistas en Rosario (Santa Fe – Argentina), 1932-1935. La línea política “clase contra clase” en época de crisis y cambios». *Revista de la Red de Intercátedras de Historia de América Latina Contemporánea*, Córdoba, año 3, núm. 5, págs. 147-161. Disponible en: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/RIHALC/article/view/15913/17285> (consulta: 7 de junio de 2016).
- MÓNACO, Lina (c. 1979). *Volver a vivir*. Rosario: Centro de Estudios.
- PERSELLO, Ana Virginia (2004). *El partido radical. Gobierno y oposición, 1916-1943*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- PIEMONTE, Víctor Augusto (2015). «La lucha de facciones al interior del Partido Comunista de la Argentina hacia fines de los años veinte: la “cuestión Penelón” y el rol de la Tercera Internacional». *Cuadernos de Historia*, núm. 43, Universidad de Chile, págs. 31-58. Disponible en: <https://cuadernosdehistoria.uchile.cl/index.php/CDH/article/view/41469/42997> (consulta: 7 de junio de 2016).
- ROCK, David (1977). *El radicalismo argentino, 1890-1930*. Buenos Aires: Amorrortu.
- ROLDÁN, Diego (2009). «Políticas municipales y estrategias sociales. Segregación urbana, identidades, vecinalismo y politización. Rosario durante la entreguerra». En: BONAUDO, Marta (coord.). *Imaginario y prácticas de un orden burgués: Rosario, 1850-1930*, Rosario: Prohistoria, tomo 2, *Instituciones, conflictos e identidades. De lo nacional a lo local*, págs. 61-93.
- ROLDÁN, Diego (2012). «Diseminación verde. Plazas y pequeños espacios públicos en Rosario durante la entreguerra». En: FERNÁNDEZ, Sandra (coord.). *La ciudad en movimiento. Espacio público, sociedad y política. Rosario, 1910-1945*, Rosario: Prohistoria, págs. 77-93.
- ROLDÁN, Diego Pablo (2015). *La invención de las masas: Ciudad, corporalidades y culturas. Rosario, 1910-1945*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Disponible en: <http://libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/10> (consulta: 23 de octubre de 2017).
- ROUQUIÉ, Alain (1983). *Poder militar y sociedad política en la Argentina. 1943-1973*. Buenos Aires: Emecé.
- VIDELA, Óscar y MENOTTI, Paulo (2013). «Las huelgas de los estibadores portuarios en el sur santafesino en 1928». *Sociohistórica*, vol. 32, págs. 1-31. Disponible en: www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/article/view/SH2013n32a04/html_4 (consulta: 24 de abril de 2014).
- WOLIKOW, Serge (2004). «Aux origines de la galaxie communiste: l'Internationale»: En: DREYFUS, M. et al. *Le siècle des communismes*. París: Éditions de l'Atelier, Éditions Ouvrières, págs. 304-310.

Fecha de recepción: 28 de marzo de 2018

Fecha de aceptación: 21 de febrero de 2019

Fecha de publicación: 20 de diciembre de 2019